

Texto de la **Meditación**

pronunciada por el

Rvdo. Sr. D. Manuel Sánchez Sánchez, Pbro.

ante el

Santísimo Cristo de la Caridad

el sábado 20 de marzo de 2021

Parroquia de San Andrés Apóstol

Sevilla

Nota:

Esta Meditación debió ser pronunciada el 28 de marzo de 2020 pero fue suspendida, al igual que todas las actividades, por la pandemia provocada por el coronavirus SARS-CoV-2 que provoca la enfermedad COVID-19 y que se inició en nuestro país en febrero de 2020. El día que se pronunció, 20 de marzo de 2021, aún no estaba controlada la enfermedad y estaba vigente el estado de alarma con notables restricciones a la vida cotidiana.

Debido a esa situación, esta fue la primera Meditación emitida en directo a través del canal de YouTube de la Hermandad y puede verse en cualquier momento en la URL:

<https://youtu.be/B6GpPZ61Pio>

Vengo aquí, mi Señor.

Vengo aquí, mi Señor,
a olvidar las prisas de mi vida.

**Ahora sólo importas Tú,
dale paz a mi alma.**

Vengo aquí, mi Señor,
a que en mi lo transformes todo en nuevo.

**Ahora sólo importas Tú,
dale paz a mi alma.**

Vengo aquí, mi Señor,
a encontrarme con tu paz, que me serena.

**Ahora sólo importas Tú,
dale paz a mi alma.**

Vengo aquí, mi Señor (Brotos de Olivo)

Desde que mi voluntad
está a la vuestra rendida,
conozco yo la medida
de la mejor libertad.
Venid, Señor, y tomad
las riendas de mi albedrío;
de vuestra mano me fío
y a vuestra mano me entrego,
que es poco lo que me niego
si yo soy vuestro y vos mío.
A fuerza de amor humano
me abraso en amor divino.

La santidad es camino
que va de mí hacia mi hermano.
Me di sin tender la mano
para cobrar el favor;
me di en salud y en dolor
a todos, y de tal suerte
que me ha encontrado la muerte
sin nada más que el amor.

Sor Cristina de Arteaga

Así quisiera estar...

Por mucho que he buscado, que me he afanado, que he intentado según mi medida, según la medida de otros, no he encontrado mayor libertad que buscar tu Providencia, que mirar con tus ojos un futuro cierto en tu entrega.

Tras un año esperando, con muchos hermanos que se han ido, con tantas familias destrozadas y tantas víctimas de esta pandemia, aún he comprendido con más claridad que solo Tú eres la puerta para encontrar salida. Arrodillado ante Ti, con tu Madre aquí, llorando nuestras Penas, Caridad hecho Cristo, quiero vivir de tus palabras de libertad, de esa verdad de tu amor que me hace libre.

Por más manos que me han tendido, por más abrazos dados y recibidos, vuestra mano tendida, siempre entregada, siempre ofrecida, es lugar de confianza y fidelidad. Dejadme entregaros la mía, dejad que mi mano sea vuestra. Dejad que vos y yo seamos uno, para así poder amar a los demás. Mi mano sea vuestra pues vos me la distéis.

Vuestra soy, para vos nací:
¿Qué mandáis hacer de mí?
Soberana Majestad,
Eterna sabiduría,
Bondad buena al alma mía;
Dios, Alteza, un Ser, Bondad...
Mirad, que hoy os canto amor así:
¿Qué mandáis hacer de mí?
Vuestro soy, pues me criaste,
redimiste, me sufriste,
me llamaste, me esperaste,
pues no me perdí.

Santa Teresa de Jesús

En tu amor no me perdí. Que ninguno nos perdamos en Tu amor. “Te ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por estos que Tú me diste, porque son tuyos” (Jn 17,9). Míranos en esta noche, junto a tu cuerpo, llorado con la Pena inmensa de la Madre que te custodia, esperando que tu cuerpo muerto, caridad viva, antesala de la Pascua, nos hable, nos interpele, nos interrogue:

¿Qué mandáis hacer de mí?
¿Qué mandáis, pues, buen Señor?,
Veisme aquí, mi dulce amor,
amor dulce, veisme aquí:
¿Qué mandáis hacer de mí?
Veis aquí mi corazón,
yo le pongo en vuestra palma:
mi cuerpo, mi vida y alma,
mis entrañas y afición.

Dulce Esposo y Redención
pues por vuestra me ofrecí:

¿Qué mandáis hacer de mí?

Santa Teresa de Jesús

Que no falte la Caridad

Señor, que no nos falte la Caridad, que no falte ánimo en la caridad, que no nos estanquemos sin ir a más. Señor, que no nos cansemos, que la mediocridad no se meta en nuestras hermandades, en nuestra Iglesia... cristianos valientes, apasionados, en el límite donde la balanza se inclina hacia los pobres... santos como Tú. *Alma de Cristo, santifícame.*

Señor, que nuestros sentidos estén en ti, nuestros afectos, nuestros pensamientos, nuestros deseos, incluso los ocultos, se dejen cautivar por ti. Sedúcenos Señor con Tu cuerpo entregado, que no haya contradicción entre lo que quiero y lo que hago, entre mis deseos y mi realidad; que no nos falte la paz y la armonía, que yo me acepte incluso con mis pecados, como Tú lo haces... Que mi cuerpo solo viva de la Caridad. *Cuerpo de Cristo, sálvame.*

Señor, líbranos de la tibieza, de demasiados cálculos en mi vida, de mirarme tanto, de sentir que no soy malo, pero tampoco bueno, líbrame de la falta de generosidad, de la falta de entrega, no permitas que me vuelva frío... *Sangre de Cristo, embriágame.*

Señor, que no haya lejanía entre Tú y yo, que no venza el pecado, tan repetidos, líbrame de las caídas que una y otra vez me hundan. Líbrame de los malos hábitos adquiridos que me condicionan; líbrame de la mentira, del querer “aparentar” a base de máscaras. Que sepa asumir mi pasado, ese que me ata y del que no me libero del todo... limpia Señor mi culpa. *Agua del costado de Cristo, lávame.*

Señor, ¿cómo mirar mi dolor viendo Tu cuerpo destrozado?, y sin embargo, yo también tengo los míos. Mis dificultades, tanto interiores como exteriores; mis sentimientos que no puedo controlar, mis miedos, mis altibajos, mis aburrimientos, mis tristezas, las dificultades que vienen de los otros, de los otros a quienes no puedes

cambiar. Señor, líbrame de mi miedo a sufrir, de no querer salir de mi comodidad fácil ya enquistada... *Pasión de Cristo, confórtame.*

¡Oh buen Jesús! Dicen que no oyes, que no respondes, y aquí estamos los dos hablando en silencios de amores. Dicen que no se siente nada en la oración, y yo no dejo de ver tu presencia. Dicen que creen pero no que no pueden hacerlo a fondo, que no saben rezar, que no hay misericordia... Y aquí estamos, buen Jesús, deja que se oiga tu silencio como el mayor grito de los que son callados, asesinados, masacrados, descartados, ignorados, abandonados en la cuneta. Señor de los que están al borde de los caminos, ¡óyenos!

No me dejes vivir sin adentros, solo preocupados por lo de fuera; por el hacer, muy ocupado en tus cosas, pero sin sentir tu corazón. No me dejes vivir sin silencio interior, sin profundidad. Buen Jesús, no permitas que los demás me vayan haciendo la vida, que viva esclavo de las circunstancias. No permitas que viva sin coherencia, trajinando más que sedimentando la vida.

Parece que el camino de la vida ha sido unirme lejos de Ti. Y, ¿a dónde iré lejos de Ti?, ¿a dónde?

Señor, tú me sondeas y me conoces;
me conoces cuando me siento o me levanto,
de lejos penetras mis pensamientos;
distingues mi camino y mi descanso,
todas mis sendas te son familiares.
No ha llegado la palabra a mi lengua,
y ya, Señor, te la sabes toda.
Me estrechas detrás y delante,
me cubres con tu palma.
Tanto saber me sobrepasa,
es sublime, y no lo abarco.
¿A dónde iré lejos de tu aliento,
adónde escaparé de tu mirada?
Si escalo el cielo, allí estás tú;
si me acuesto en el abismo, allí te encuentro;

si vuelo hasta el margen de la aurora,
si emigro hasta el confín del mar,
allí me alcanzará tu izquierda,
me agarrará tu derecha.
Si digo: «Que al menos la tiniebla me encubra,
que la luz se haga noche en torno a mí»,
ni la tiniebla es oscura para ti,
la noche es clara como el día.
Tú has creado mis entrañas,
me has tejido en el seno materno.
Te doy gracias,
porque me has escogido portentosamente,
porque son admirables tus obras;
conocías hasta el fondo de mi alma,
no desconocías mis huesos.
Cuando, en lo oculto, me iba formando,
y entretejiendo en lo profundo de la tierra,
tus ojos veían mis acciones,
se escribían todas en tu libro;
calculados estaban mis días
antes que llegase el primero.
¡Qué incomparables encuentro tus designios,
Dios mío, ¡qué inmenso es su conjunto!
Si me pongo a contarlos, son más que arena;
si los doy por terminados, aún me quedas tú.
...
Señor, sondéame y conoce mi corazón,
ponme a prueba y conoce mis sentimientos,
si mi camino se desvía,
guíame por el camino eterno.

Salmo 138

Cuando te miro veo claro el amor, veo evidente tu entrega, puedo palpar la Caridad que brota de tu cuerpo entregado... pero me falta la fuerza del corazón, me falta el empujón para volver a entusiasarme con las cosas, con Tus cosas; las mías ya me arrebatan el corazón, y el tiempo, y la vida... pero me falta el corazón, Tu corazón, para que la fe no sea tan fría, tan racional.

Volvamos a ese pasado donde tan cercano te sentía, donde no había lejanía, donde el corazón suplía todo, donde, entre Tú y yo, solo había corazón. Demasiadas ideas, demasiados planes, demasiadas razones... y falta Tu persona... ***No permitas que me aparte de Ti.***

No es fácil Señor. Aquí, junto a Ti, se olvidan todos los problemas, todas las dificultades, todas las angustias. Todos los problemas se sumergen al ver tu amor entregado; pero cuando no estoy agarrado a tu mano, en mí alrededor se siente el mal, no solo dentro de mí, sino alrededor de mí. Siento la tentación al mal, siento a los demás aprovechándose en el mal, me siento rodeado por el egoísmo de otros, y me acostumbro a que es imposible vencer al mal a fuerza de bien. Todo está montado ya en el mal, en el prestigio, en el poder, en el tener... y yo soy débil, y me adapto, disimulo, me acostumbro... ***Del maligno enemigo, defiéndeme.***

Volver a mirar tu mano, sentir tus llagas, palpar tu amor que, cuanto más muerto, cuanto más entregado... más vivo, más resucitado. Así quisiera vivir y así quisiera morir, agarrado a tu mano, sostenido por las llagas de tu cruz. Enamorado de tus huellas quisiera vivir y morir, escondido en un amor tan pequeño y tan grande que rompe silencios y enamora el alma hasta convertirla en cristal trasparente de un sacerdocio que supera, inflama, inabarcable y adorador. ***Dentro de tus llagas, escóndeme.***

Así quisiera vivir y así quisiera morir, tocando el dedo creador, vivo y resucitado, suscitador de nuevas creaciones, siempre original y dador... así quisiera vivir y morir, por eso, ***en la hora de mi muerte... ¡llámame!***

Miles te han mirado, pero ¿cuántos se enamoraron?

Todos los ojos están puestos en ti como en un Lunes Santo permanente, más ¿cuántos se dejaron interrogar por ti?

Y ya ves... has terminado roto, crucificado y te llevan a sepultar... pero cuando pasas, a mí me sigues oliendo a Eucaristía. El olor del pan consagrado por primera vez es una fragancia que no se olvida, que no pasa, que permanece. Presencia real y concreta de Tu vida entre nosotros. No importa que no veamos, no sintamos ni creamos, pero que, al menos, no falte el olor a Eucaristía, para que no perdamos la huella.

Tu cuerpo destrozado sigue llamándonos a vivir en esa Cena permanente. “Mira, estoy de pie a la puerta y llamo. Si alguien escucha mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo” (Apocalipsis 3,20)

Por eso, Señor, vuelve a entrar, vuelve a llamar, vuelve a forzar la puerta de mi corazón.

Entra, pasa, siéntate.

abre la puerta, quité la llave.

Te estaba esperando,

sentí tus pasos en el jardín de mi vida,

pero esta vez no tenía miedo,

ni me escondí.

No volveré a tener miedo,

han sido demasiados pasos de lejanía.

Anda, entra, llevaba mucho preparando la mesa,

encendí velas, coloqué flores... y un mantel nuevo,

de una pieza, sin costura.

¿Trajiste el pan? Huele a ti

¿un poco de vino? Preparé la copa

y un poco de agua.

El calor del hogar ya se metió por las rendijas,

cuando quise darme cuenta todo estaba inundado

de tu Espíritu.

Era el eco presente de la voz que siendo niño me llamaba.

¡Cuándo quise darme cuenta aquello estaba ardiendo!

Sólo entonces, cuando la fuerza que rompe las puertas

estaba dentro de mí, comprendí el frío que había sentido.

Entra, te enseñaré la casa, la he limpiado, la decoré...
no es gran cosa, pensé que no era digno que entraras, pero...
aunque llevo tantos años bregando solo puedo ofrecer esta chocita tan pobre,
una palabra tuya será suficiente.

Recorre las estancias, son tuyas, quédate donde quieras...
mejor quédate en todas ¡y vive aquí!
Vive para que viva, y pueda hacer vivir en ti.

Ya no hay puertas para ti, las ventanas se abrieron ¡cuánta luz!
Me di cuenta que ya conocías la casa ¡y yo con tanto miedo a tu presencia!
Te movías mejor que yo por aquí dentro.
La luz me hizo ver espacios que ni recordaba, ni conocía, ni utilicé...

Anda, pasa, entra... la mesa estará siempre puesta,
ya no se puede quitar, es un todo... la mesa, el mantel, el pan,
tu Espíritu, el vino... una vida y una mesa... pondré sillas
para que se sienten todos los que me envíes, y les hablaré de aquella cena contigo,
de tantas cenas como vivimos, de las que seguimos viviendo.

Anda, pasa... y abrázame,
quiero sentir tus llagas rodeando mi historia,
sentir tu Pascua que atraviesa mis horas. Son solo para ti.

Anda, entra ¡que tenemos hambre de siglos,
y solo nos saciaremos cuando te sientes!

Vente, quédate, la tarde cae,
se ha echado la noche
y ¡tú eres la luz!

Anda, entra,
parte el pan...

Bastaba solo con mirar...

No son necesarias las palabras, las miradas lo dicen todo. Los silencios llenan de contenido los espacios del alma. Solo estar, dejarse estar y al mirarte, Señor, volver a sentirme llamado por ti. Estar como tu Madre, con esa pena cuya belleza es antesala de la Pascua, con esa pena con la que hoy, por todos los que han muerto, por todos los que han perdido a sus seres queridos, por todos los que son víctimas de esta pandemia y que son llorados por tu Madre de las Penas, de sus Penas, cuya belleza abre caminos de esperanza en el silencio de su alma, por todos ellos, oramos ante tu cuerpo roto.

Llegar y estar contigo, eso hubiera bastado en esta noche. Me pidieron pronunciar palabras de Vida eterna delante tuya, hablar de Ti sintiéndome sostenido por Ti, apoyándome en tu cruz, ocupando por un instante ¡indigno de mí! el sitio de tu Madre. ¿Hay Pena como la suya camino del sepulcro? Y sin embargo, es la única que sabe que Dios tiene la última palabra...

Con solo mirarte sobran las palabras, porque, en tus ojos entreabiertos aun rezuma tanto amor, tanta esperanza, esa que corre desde San Andrés para llegar al centro de nuestras almas, rendidas aquí a tus pies.

Basta mirarte para no olvidar que todo comenzó con una llamada, a eso de las cuatro de la tarde, fue para Juan, y para nosotros cada Lunes Santo, cuando el sol ilumina Tu cuerpo roto y entregado, y nos devuelve al camino de la vida, que solo dándola se gana, y solo entregándola cobra sentido. Aprendiendo a mirar en la escuela de tus ojos, ya entregados, vencidos de tanto amar, de tanto darse, y así, en nuestras cruces, en nuestras luchas, en nuestros dolores y sufrimientos... aprender a ponernos en sus manos, ¡en Tus manos, Padre! Encomendamos nuestras almas, nuestras vidas, nuestros dolores, nuestros pecados... aquellos que nos pueden y que nos hacen alejarnos ¡que tu entrega siga devolviéndonos al camino!

¡Que tu presencia siga llenándonos de alegría! esa alegría del Evangelio (Evangelii gaudium) que llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran contigo. Quienes se dejan salvar por Ti son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Contigo, Señor, siempre nace y renace la alegría...

En esta noche, como la samaritana, junto al pozo de agua viva de tu cuerpo entregado, me he quedado ahí, contigo... solos los dos; para acabar descubriendo tu misericordia, “relictí sunt duo: misera et misericordia”, “quedaron sólo ellas dos: la miserable y la misericordia”. Ahí quiero quedarme, agarrado a tu misericordia.

Habíamos escuchado hablar de ti. Sabíamos de tus milagros y tus acciones. De cómo mirabas y tocabas a los enfermos. Nos habían dicho que tus palabras tenían vida eterna. Buscábamos un camino y nos aseguraron que Tú eras el Camino, la Verdad y la Vida. Queríamos dar un sentido a nuestra vida y escuchamos que tu poder, el poder de tu corazón traspasado en la cruz era capaz de hacer que naciéramos de nuevo, y que fuéramos unas criaturas nuevas... Queremos seguirte a ti, Caridad entregada desde Santa Marta, que caminas sostenido por el amor de los únicos que quedaron al pie de la cruz. Queremos seguirte a ti, Señor, por el camino que lleva a la vida. Pero ya ves... una y otra vez nos pueden nuestros pecados, nuestras debilidades, nuestras excusas...

Pero solo basta con mirar...

Mira los salivazos de su rostro, los recibí por ti, para restituirte el primitivo aliento de vida que inspiró en tu rostro. Mira las bofetadas de sus mejillas, las soporté para reformar a imagen suya tu aspecto deteriorado. Mira los azotes de su espalda, que recibí para quitarte de la espalda el peso de tus pecados. Mira sus manos, fuertemente sujetas con clavos en el árbol de la cruz, por ti, que en otro tiempo extendiste funestamente una de tus manos hacia el árbol prohibido (Autor desconocido del siglo II). Mira su cuerpo roto y fuerte, destrozado y atrayente, mira... y déjate mirar... basta solo con que mires y te mires...

Mira cómo en la Cruz, con su muerte ha vencido a la muerte y al miedo. No te da la paz “como la da el mundo” (Jn 14,27), sino que lo hace pasando por el dolor y la humillación: así te demuestra su amor misericordioso por ti.

Él sabe que en tu vida es inevitable el sufrimiento, a partir del día en que el pecado entró en el mundo. Unas veces es dolor físico; otras, moral; en otras ocasiones se trata de un dolor espiritual..., y a todos nos llega la muerte. Pero Dios, en su infinito amor, te ha dado el remedio para tener paz en medio del dolor: Él ha aceptado “marcharse” de este mundo con una “salida” sufriente y envuelta de serenidad.

¿Por qué lo hiciste así? ¿No podía haber sido más fácil? ¿Por qué tengo que unir mi dolor al tuyo si yo no quiero vivir la cruz, si lo que quiero es huir de ella? Pero sé que «En la Cruz de Cristo (...), el mismo sufrimiento humano ha quedado redimido» (Juan Pablo II). ¡Qué misterio el de Tu muerte! No soy capaz de comprenderlo, no soy capaz de comprenderte, pero qué fácil es amarte. Solo basta que mires cómo la Cruz se ha convertido en Caridad. Déjame Señor vivir agarrado a tu mano, siempre a tu mano.

Levantémonos y vayamos a anunciar que otro camino es posible. El Dios en el que creemos no es el dios inmutable de la filosofía, sino el que se compadece, se implica, se complica, baja a la arena y se mancha. No es el dios máquina que todo lo domina, sino que cuenta con tu creatividad, con tu saber hacer, con tu genialidad... y también con tu pecado; y te deja hacer. Asume incluso tus errores. ¡Míralo!: Es el Dios del amor... Es el Dios que habla en el silencio de una sociedad que desprecia la verdad, ayer Herodes, hoy es el pensamiento y la cultura. No nos habléis de Cristo. Nos piden -para ser políticamente correctos- que Cristo no aparezca, o que sea simplemente un elemento cultural, patrimonial, tradicional, turístico... Si queréis mostrad las obras de solidaridad, organizad actos culturales, conservad patrimonio y enseñadnos la riqueza atesorada durante siglos... pero haced guardar silencio a Cristo. Un rito sin Dios. Que no hable... Y, sin embargo, es imposible, porque la Caridad de Cristo grita en este silencio que tanto dice. ¡Miradlo! su silencio camino del sepulcro es provocativo, sugerente, interpela... Dios calla ¿serás tú su voz? ¿Serás capaz de prestarle el sonido de tu garganta? Si mínimamente sientes que el Señor te llama a sus caminos... Levántate, vete... deja las redes, lo que te ata, lo que roba el corazón y no tengas miedo en seguirle; porque la representación de este mundo se termina. Este mundo no es eterno, este es tu momento ¿qué obtendrás? La plenitud de la alegría.

Sube ahí y ayúdame a llevarlo, o al menos hazte cirineo, o mejor... aprende a dar la vida como Él, aprende a vivir su Caridad. Ve al mundo y no dejes que silencien a Cristo... que tu Iglesia, Señor, nunca sea cómplice del silencio de los que hoy te desprecian. Ser voz de Cristo, para poder ser voz de los sin voz. ¡Nos hace tanto bien volver a Él cuando nos hemos perdido!

Sube ahí, ayúdame a cargarlo, ayúdame con los crucificados, y siente el Cuerpo de Cristo sostenido por ti. Si fueras capaz de hacer eso... tu respuesta solo podría ser una... la de la Virgen: ¡Aquí estoy! Ojalá siempre estemos dispuestos: ¡Aquí estoy Señor, con dudas, con mis pecados, con mis ataduras, pero aquí estoy! Con mis debilidades, mis

tentaciones, mis incoherencias... pero aquí estoy, con mis caídas, mis prejuicios, mis errores... pero sobre todo con mi amor... si te sirve Señor... ¡Aquí estoy! Vayamos con Cristo, carguemos su Cuerpo, aliviemos la Pena de la Madre rota de dolor, y mientras vamos llevándolo nos cambiará la vida. Tocar el cuerpo de Cristo, tocar a los pobres, nos cambia la vida. Contigo, Señor, iremos contigo, contigo y como tú, Caridad de Santa Marta.

Que me ha encontrado la muerte, sin nada más que el amor...

Desde que mi voluntad
está a la vuestra rendida,
conozco yo la medida
de la mejor libertad.
Venid, Señor, y tomad
las riendas de mi albedrío;
de vuestra mano me fío
y a vuestra mano me entrego,
que es poco lo que me niego
si yo soy vuestro y vos mío.

A fuerza de amor humano
me abraso en amor divino.
La santidad es camino
que va de mí hacia mi hermano.
Me di sin tender la mano
para cobrar el favor;
me di en salud y en dolor
a todos, y de tal suerte
que me ha encontrado la muerte
sin nada más que el amor. Amén.

(Sor Cristina de Arteaga)

Vengo aquí, mi Señor.

Vengo aquí, mi Señor,
a olvidar las prisas de mi vida.

**Ahora sólo importas Tú,
dale paz a mi alma.**

Vengo aquí, mi Señor,
a que en mi lo transformes todo en nuevo.

**Ahora sólo importas Tú,
dale paz a mi alma.**

Vengo aquí, mi Señor,
a encontrarme con tu paz, que me serena.

**Ahora sólo importas Tú,
dale paz a mi alma.**

Vengo aquí, mi Señor (Brotos de Olivo)

A.M.G.D. et B.V.M.

Manuel Sánchez Sánchez, Pbro.

Sevilla, 20 de marzo de 2021